

SHUTDOWN

MANUEL ROMERO ZAPATA





EDITORES

SHUTDOWN

Manuel Romero Zapata

Manuel Romero Zapata
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798387273827

Diseño de la Portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo por lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podría ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Cap0.1_shutdown.rft

—Pero qué clima el de hoy.

Se decía a sí mismo, mientras trataba de no chocar con nadie. La cantidad de gente que circulaba por cada cruce, pasarela y acera era bastante notable en aquellas horas altas de la ciudad. Nadie buscaba entrelazar miradas, menos aún entablar cualquier tipo de comunicación; más cuando el tiempo era tan poco, provocado por las altas horas impuestas por las empresas a sus empleados, y cuando la vista del estado no se alejaba en cualquier instante.

Siempre observado, vigilado, grabado y analizado; parecía ser que a medida que la tecnología fue avanzando, los adentros privados de la mente humana quedaban cada vez más expuestos, y resultaba en las épocas actuales una ilusión el concepto de la privacidad. El estado, como construcción intangible del hombre, se había convertido más que omnipresente, y el empleo discrecional de las tecnologías le permitió ocupar un punto tal en donde el entretenimiento, como la única ventana que tenía el civil promedio para huir de la realidad, pasó a ser el mayor de los mercados. Más aún que la propia industria del alimento, o la misma salud de las personas, reinaba aquellos productos que lograban llenar el vacío de las personas; un vacío que ni las mismas tecnologías incrustadas en sus venas lograba llenar del todo.

Él sabía, por dentro, sus vacíos. No les huía; los aceptaba tal cual como eran, y trataba de convivir con sus demonios; aún por oscuros que fuesen.

—Al fin, llegué —Se dijo a sí mismo, en el momento que cruzó la puerta de la torre.

Había movimiento por todos lados. Personas que entraban y salían de forma constante, empapando las entradas de los suelos por la lluvia del exterior; drones publicitarios, volando a pocas distancias de las cabezas de los usuarios, e indicando los muchos locales y servicios que contenía la Torre Empresarial A-4892; Información constante por todas y cada una de las vías, tanto visual como auditiva, que en conjunto hacían completamente necesario la evolución y adaptación del hombre a las tecnologías neuronales, para poder permitir lidiar con tantas cosas a la vez. Tal escenario lo abrumó por un instante, pero la plácida sensación que sabría que sentiría en unos momentos le reconfortó, y bastante que había ahorrado como para no permitirse un gusto luego de tantos meses.

Al volver a retomar su marcha, no fue mucho el tiempo que hubo entre su andar y la llegada de uno de los androides receptores cortesía del hotel. Al observarle de reojo, denotó como sus ropas formales, típicas de recepcionista, estaban ya desgastadas de la cantidad de veces que habían sido lavadas y limpiadas, haciendo un contraste con la perfección de su piel, incapaz de envejecer, y su forma correcta y autónoma, por no decir insípida, de pronunciar las palabras.

—Buenas tardes, ciudadano; ¿Podría preguntarle a donde se dirige?

—Ohm... yo voy a... —Dentro de su retina fue desplegado la interfaz que únicamente sus ojos podían pre-

senciar; abrió con su conciencia las notas, y observó el número; aun cuando era su cuarta visita, siempre se le iban de la memoria tales datos, pero la memoria era un mal poco relevante frente a la posibilidad de tener cualquier información al alcance de unas cuantas acciones en el sistema neuronal— Local 343-T, piso 23. —Entendido. Le guiaré al ascensor correspondiente. Al ser una de las torres del centro comercial de la ciudad, la disponibilidad de una suficiente cantidad de ascensores era algo que no faltaba, y fue guiado al séptimo de los 10 ascensores disponibles en la edificación, poniéndose al lado de las otras personas a la espera de su turno. Pero la espera no fue larga, para su suerte, y en un par de minutos ya se encontraba subiendo al piso indicado. Cuando el ascensor llegó, fue el único en bajarse entre las tantas personas que se encontraban adentro, y el rápido cierre de las puertas le dejó solitariamente ubicado en el largo pasillo, compuesto por un lado por un aserie de puertas únicamente diferenciadas por el número y el logotipo del comercio, en los casos que aplicase; por el otro, únicamente estaban aquellas láminas de vidrio, que fungían como paredes, y que dejaban ver a la persona el resto de las torres, y la humedad que corría sobre el cristal. Aún por ello, ni el sonido de la lluvia llegaba hacerle compañía; el grosor de los cristales era tal que impedía escuchar algo más que el sonido del sistema de aire acondicionado central.

Al caminar un poco a la izquierda, eventualmente encontró la puerta con su respectivo número de identi-

ficación. Al colocarse frente a la misma, un pequeño escáner procedió a realizar un reconocimiento facial de la persona; únicamente podían tener acceso aquellos los cuales se encontraban debidamente registrados, no por ser una actividad ilegal sino más bien en búsqueda de ofrecer un servicio más privado, exclusivo y selectivo.

—*USUARIO IDENTIFICADO: Sr. Robert Clark. Número de Identificación 32893289647869-Y. Acceso: concedido.*

Luego de las palabras anunciadas por el sistema de seguridad integrado en la puerta, la misma se desliza a un lado, y se adentra en el local, viéndose rodeado de un color rojo Vinotinto, presente en cada rincón que se viese del no tan amplio espacio de recepción. Un terciopelo cubría tanto las paredes como el suelo, haciendo que inclusive el dar pasos en aquel sitio resultase ser una experiencia agradable al usuario por la suavidad del mismo.

—¡Bienvenido! Tenía tiempo que no le veíamos por acá, Sr. Robert

—Un hombre, de tez oscura y vestido con un traje oscuro, le da una cálida bienvenida mientras le observa desde el otro extremo de la habitación, con un puro entre sus mecánicos dedos.

Robert no era de muchas palabras; aún con las tecnologías disponibles, las dificultades sociales existentes en ciertos individuos eran problemas que no podían ser remediados, y en parte se le dificultaba no avergonzarse a sí mismo de ir a un sitio como en el que se encontraba. No fue sino al acercarse más a la recep-

ción que pudo sentirse lo suficientemente cómodo como para continuar con la conversación.

—Disculpa que más bien no avisé con la suficiente antelación. Sé que tienen una política de que los usuarios deben notificar por lo mínimo

3 días antes para tener los preparativos listos, pero tenía tiempo esperando ahorrar y...

—No se preocupe, Sr. Robert —El recepcionista le interrumpe— de todas formas, hoy no es un día muy concurrido. Solamente tengo en estos momentos a un cliente en una de las habitaciones, así que no es ningún inconveniente su llegada... Aunque —El sujeto hace un paréntesis, mientras toma un poco de humo de su cigarro— lo único que necesitaría es que pague de una vez. Sabes cómo son las cosas.

-Por supuesto. Ten.

Robert extiende su mano, mientras que mediante su interfaz avisa a su sistema neuronal que realizará un pago. En milésimas de segundo, un pitido anuncia que se encuentra listo para enviar los créditos depositados en la cuenta una vez lea el escáner otra cartera, y el recepcionista coloca su mano a unos cuantos centímetros para efectuar el pago con la velocidad que caracteriza los sistemas neuronales.

—Perfecto, ya el dinero se encuentra verificado. Ahora sí, estimado, póngase por favor al frente de la pantalla. Al escuchar eso, se coloca frente a la larga pantalla vertical que reposaba a un lado del mueble de recepción. En la misma, se encontraba el logotipo del local que no estaba a luces públicas, *LUCIOUS* - *Sueños*

placenteros, junto a un texto que invitaba al usuario a tocar la pantalla para comenzar la selección. Al tocarla, tal como indicaba el sistema, aparece una silueta de una mujer desnuda, de la cual se encontraban sobrepuestos pequeños círculos con cada una de las opciones modificables, encontrándose también a la izquierda una larga fila de opciones, cada una tendiente a cada parte del cuerpo imaginable.

Piel, estatura, complexión, edad, pelo, nariz, boca, pies, manos, senos, glúteos; El sistema le daba al usuario la oportunidad de satisfacer sus expectativas, y era normal que los clientes durasen inclusive hasta una hora diseñando en la pantalla la mujer deseada o “ideal”, ya que a medida que se ajustaban las opciones, la silueta se modificaba y una vez configurado el arquetipo deseado, el usuario podía ver una imagen previa del resultado final una vez procesado la data seleccionada. Si para el momento el usuario quería una asiática, podía tenerlo; si gustaba al contrario una tez más oscura, y con rasgos muy marcados en cuanto a su origen étnico, también podía tenerlo; inclusive, la edad era un tema que permitía satisfacer aquellas fantasías que se encontraban prohibidas por la ley, haciendo que los desviados encontrasen una alternativa para el goce y disfrute de sus pecados, sin ser castigados por el Estado.

Robert no duró mucho en la pantalla configurando el cuerpo del día, al tener ya bastante claro sus gustos. Una piel suficientemente pálida como para que las marcas fuesen una tarea fácil, complexiones fa-

ciales sutiles, cabello liso y oscuro que llegase hasta los hombros y unas proporciones en general delgadas y de poco tamaño, ya que no gustaba de aquellas mujeres de grandes proporciones ni de alto peso. Se sentía, en cierta parte, intimidado por ellas; aunque esto era una tendencia con realmente la mayoría de las mujeres las cuales formaban parte de su vida laboral, mas no íntima al encontrarse soltero desde hace bastantes años.

Al observar la imagen previa, una vez habiendo terminado la configuración, se encontró más que satisfecho con el resultado de sus selecciones, y dio con su dedo en la imagen con forma de botón verde para iniciar el proceso tras bastidores. De forma sucesiva, apareció un 0 como porcentaje, y un tiempo de espera de 20 minutos.

—Sr. Robert, ya su creación se encuentra en espera. Si gusta, puedo servirle un trago; sabe usted que tenemos una amplia selección, y el mismo es cortesía de la casa por su fidelidad como cliente.

—Un vaso de whisky, con hielo...

—Por supuesto.

Mientras el recepcionista abandona su puesto para tomar una de las tres puertas, no sin antes haber apagado su cigarro al frotarlo con sus yemas de acero, Robert ocupa un puesto de los asientos disponibles al lado izquierdo de la habitación. Aquellas sillas, amplias y de un cuero sintético, podrían parecer incómodas a simple vista por su cubicular forma; pero al momento de que alguien se sentaba se activaba un

sistema de calefacción que otorgaba una cálida estancia al usuario de forma inmediata, y resultaba más que ideal para aquel día de lluvioso clima que empeoraba la frialdad del clima promedio de la ciudad.

Mientras Robert empezaba a mirar el techo, estando un poco ansioso con la espera, detrás de las paredes no visibles para los usuarios las máquinas empezaban a hacer su trabajo. Cuatro cuerpos eran los que disponía el local para ser modificados al antojo de los usuarios, cada uno equipados con la misma tecnología estándar de inteligencia artificial de acuerdo a las disposiciones gubernamentales que impedían modificaciones en los sistemas operativos. Sus estructuras, antes de la piel sintética con nanotecnología dérmica, no se asemejaban en lo absoluto a una apariencia humana más allá de la forma básica, ya que consistían en un largo conjunto de cableados, cubiertos de un compuesto translúcido que comportaba la carne del cuerpo, que corrían y se desviaban encima de los muchos pistones, segmentos de titanio y demás artefactos que componían internamente los androides. Resultaba inclusive una imagen un tanto incómoda para algunos, al encontrarse los globos oculares de vidrio expuestos, al igual que las cavidades orales, nasales, anales y vaginales que tenían relativamente una forma humana dentro de aquella orgía orquestada entre el metal y la tecnología de última.

Uno de los cuerpos, el segundo de izquierda a derecha, fue apartado a través de un largo brazo mecánico, el cual empezó a configurarle con una alta

velocidad de movimiento todos y cada uno de los aspectos seleccionados. Primeramente, se ajustaba el “esqueleto” de acero y titanio, para que tuviese las medidas indicadas, mediante el accionar de muchas piezas mecánicas que únicamente podían ser activadas con la precisión de una máquina. Una vez teniendo las proporciones adecuadas, se procedía a darle forma al compuesto translúcido, lo suficientemente maleable al proporcionarle las cargas eléctricas específicas, y se llevaba el cuerpo mediante otros brazos a una larga tina, alimentada por gruesos conductos, en donde se sumergía por completo para que quedase como resultado la piel sintética, que una vez instalada se pimentaba mediante exposiciones de calor a muy altas temperaturas.

Finalmente, el mismo brazo que esculpió el cuerpo le afinó los últimos detalles, como la instalación de los vellos corporales, el color de las retinas, la forma de los pezones, y demás aspectos ya seleccionados sobre los cuales los brazos trabajaban en el androide. El último paso una vez teniendo el cuerpo completo y listo, era activar el sistema operativo, mediante una ligera conexión que realizaba el brazo mecánico con la frente del androide, en donde detrás de la carne artificial se encontraba el procesador madre que lograba emular el sin fin de aspectos que comportaba la conducta y ser del humano.

—*Protocolo: Iniciado. Verificando funcionalidad de sentidos básicos: Correcto. Verificando funcionalidad de extremidades: Correcto. Verificando conexiones con el servidor central:*

Correcto. Verificando si existen actualizaciones... Sistema operativo al día. Inicio de la plataforma ZELLES Modelo 9Plus al margen de los parámetros correctos —La vista del androide se activaba y se aclaraba a medida que iba escuchando las palabras del sistema operativo.

La actividad de arranque del androide era la única operación que no podía hacerse más expedita sin importar el avance de la ciencia; resultaba necesario verificar que todo estuviese en orden, al tratarse de un sistema increíblemente complejo, y más aún que la Inteligencia Artificial del androide se encontrase conectada a la red neuronal de ZELLES, compañía fabricante de los androides en la ciudad, tanto para evitar fallas como para realizar chequeos constantes de que cada posible ápice de emoción desarrollado por la máquina se encontrase completamente neutralizado. El androide podría valerse por sí mismo con su propia I.A.; pero aquello no podía ser permitido, por ciertos incidentes y patrones de comportamiento erróneos para la sociedad.

Cuando finalmente todo su cuerpo había procesado el inicio del sistema, el androide habló consigo mismo.

—ZELLES, indicar por favor la actividad del día de hoy —El androide, mientras le hablaba, abandonaba su puesto en el cual había sido modificada, y abría una puerta la cual daba paso a uno de los bastidores. Ahí, comenzó a observar la surtida cantidad de ropa disponible.

—*Usted ha sido activado para: SERVICIOS DE COMPAÑÍA Y SATISFACCIÓN SEXUAL. Activando "Patrón*

de comportamiento femenino: Tímido”... Correcto. Patrón configurado. Le será indicado en pantalla la vestimenta seleccionada.

El androide, luego de un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, vio como en la interfaz desplegada en su vista se le notificaba sobre que el Patrón de Comportamiento se encontraba ya actualizado en su Inteligencia Artificial, y observó de forma sucesiva a esto la pantalla que se desplegaba a su lado izquierdo. Al verla, buscó entre los ropajes colgantes en diversos ganchos de ropa lo indicado por el sistema; un vestido blanco muy ligero y unas medias cortas con encaje., y procedió a ponérselas.

Al terminar, tocó el botón rojo que desplegaba la pantalla con la ropa indicada, y en la sala de recepción se escuchó un sonido de notificación a través de las muy sutiles bocinas instaladas en la vertical pantalla de configuración.

—Sr. Robert, ya su pedido se encuentra listo —Al escucharle, se levantó de su silla y se acercó con cierta emoción al mueble de recepción—. Aquí tiene usted las llaves, habitación B, tome por acá la entrada izquierda. Sin dar una respuesta más allá de una asentada con su cabeza, se posiciona frente al marco de puerta de la izquierda, y el recepcionista aparta las telas negras que ocultaban a la vista el pequeño pasillo, nuevamente decorado de rojo y con bastante terciopelo, e iluminado con una tenue iluminación amarillenta. Al pasar, abrió la puerta con la llave otorgada mediante sus manos ligeramente temblantes por la emoción, y entró en el cuarto. El mismo, a pesar de ser muy elegante, no te-

nía gran cosa: Una cama de tamaño matrimonial, con gruesas sábanas rojas y almohadas blancas; un gran espejo tanto en el techo como en la pared que le daba cara a la cama; una larga alfombra, igual de gruesa y suave como la que cubría el suelo de las anteriores habitaciones, solamente que esta vez de color negro; y, por último, más allá de la puerta que daba al baño, se encontraba su androide. Le vio desde la puerta, y al detallarla muy por encima, cerró la puerta con seguro, dejando la llave incrustada en la misma.

—Al fin... —Se dijo a sí mismo, en voz alta, mientras movía sus hombros en círculos para relajar un poco sus músculos.

El androide se encontraba en una posición acorde al patrón de comportamiento que había seleccionado Robert; estaba parada, con las piernas ligeramente cruzadas permitiendo un contacto en las rodillas, y veía un poco el suelo como también la persona desconocida para su sistema que había ingresado a la habitación. No era un cliente que se encontraba en su base de datos, así que no tenía ningún patrón de comportamiento predefinido aún, más allá de las conductas básicas del patrón instalado.

La timidez que desprendía el androide era una de las tantas razones por las cuales era difícil distinguir qué era un humano y qué una máquina creada por el hombre. Robert solía de, antes de comenzar, observar su creación y detallarla con sus ojos. Miles de cosas pasaban por su mente, cada una más depravada que la otra, porque sabía que aun cuando luciese como

humana, podía hacer absolutamente lo que quisiera y no existían límites dentro de aquellas cuatro paredes, insonorizadas para que el recepcionista no pudiese juzgar a su clientela.

Al observar que en androide iba a comenzar a caminar hacia su dirección, Robert respondió de forma inmediata. —¡No! —El androide, al escuchar esto, se detuvo de forma instantánea, al encontrarse sorprendido con la fuerte respuesta del cliente—. No te muevas, quiero que te quedes justo en donde estas.

—Disculpa, yo no quería molestarle... —Sus sistemas empezaron a distribuir un poco del fluido que circulaba por sus conductos internos, para provocar un sonrojo en sus mejillas, a la vez que miraba el suelo—.

—No, no lo haces. Pero no quiero que hagas nada, a menos que yo te lo pida.

—Entendido, Rob...

—No, tampoco gusto que me llames por mi nombre. Como ya dije, no hagas, ni tampoco digas, a menos que yo lo pida.

Asentando con su cabeza, el androide continuó observando el suelo, a medida que miraba a través de sus múltiples cámaras que le daban una vista muy superior al humano promedio cómo Robert se le iba acercándose. No pasó mucho para cuando estuvo a unos cuantos centímetros de ella, viéndole a la perfección su piel grasa, su contextura que denotaba un peso un poco por encima del promedio, y una corbata que fue desajustándose de su cuello a medida que le seguía detallando. Robert empezó a tocarle, iniciando por el

rostro. Lo tomó con sus manos, siendo estas notablemente más grandes en contraposición a las configuradas en el androide, con ocasión a su baja estatura, y comenzó a deslizar sus yemas sobre las mejillas y los pómulos. Le fascinaba aquella piel, tan suave, tan perfecta, sin ningún tipo de imperfección desagradable a la vista, y el androide los vio directamente a sus ojos, empezando a procesar este internamente sobre las posibles variables sexuales a partir del análisis de conducta preliminar del cliente que, a partir de la data recolectada, aparentaba ser alguien oprimido, de gustos violentos y excéntricos.

De forma sorpresiva, Robert le da una fuerte cachetada al rostro del androide, el cual se tambaleó un poco a un lado y colocó su mano izquierda sobre la mejilla mientras recuperaba su compostura. De forma continua, Robert le aparta la mano con su brazo derecho, y observa con gusto cómo su rostro quedó un tanto enrojecido, y le toma con un poco más de fuerza que la anterior vez su rostro, haciéndole acercarse a su cuerpo un poco más que antes.

—Me encanta... Me encanta que no respondas, y que aceptes sin más esto.

Robert conocía que no era un hecho extraño que las mujeres disfrutasen del dolor, pero comúnmente se encontraba intimidado con las mismas. Nunca había tenido éxito con ellas, y desde que tiene uso de la razón siempre se le han apartado gracias a un físico poco impresionante, un rostro con una nariz más grande de lo usual y una actitud reacia y que esquivaba

cualquier forma de contacto social con otros. No es que no le gustasen las personas; es que se sentía débil frente a ellas, y no quería que nadie se diese cuenta de sus debilidades como ser, a pesar de resultar esto un hecho evidente para cualquiera que le observase. Caso contrario ocurría, en consecuencia, con los androides. Su ansiedad sexual tan alta, acumulada por años de fracasos de conquistas e interacciones sociales con féminas, podía ser saciada de la forma que quisiese con aquellas creaciones, y más aún podía lograr imponerse finalmente por encima de algo, el cual comportaba prácticamente un alguien por ser prácticamente imposible lograr diferenciar un humano de una máquina, con la salvedad de los muy pequeños detalles como la usual perfección de aspecto físico que estos portaban a partir del diseño de las empresas y, en este caso, de los clientes que buscaban satisfacer sus fantasías. Tal perfección fue algo que nuevamente se quedó observando Robert, mientras el androide se volvía a poner de pie, una vez teniendo su brazo libre y su mejilla más enrojecida que hace unos instantes. Pero gustaba de más, y por ende la empujó un poco en contra de la pared, haciendo que el cuerpo chocase un tanto fuerte contra la misma, y procedió a darle más bofetadas cada vez que el androide se recuperaba de sí. De forma reiterada, veía como le ocasionaba daño, y finalmente consiguió su mayor morbo, el éxtasis de su lívido como lo era ver aquella expresión de dolor, producto de sus actos.

Tal mirada de ojos llorosos le ocasionaba un morbo tal que su miembro comenzó a ponerse eréctil, y forzó al androide a que empezase a acariciarle por encima de su vestimenta mediante el uso de una de sus delicadas manos. Robert se quedó un momento quieto, sintiendo cómo el androide deslizaba sus dedos de una forma perfecta, y sintió como comenzaba a apretarle, aun cuando su rostro exclamaba una situación de dolor producto de los golpes a su fino rostro que ya no estaba tan pálido.

Su vista comenzó a observar la zona de la entrepierna a la vez que le tocaba, y dentro de su memoria la inteligencia artificial comenzó a reproducir de segundo plano las tantas escenas sexuales que tenía en su memoria base, para seleccionar en consecuencia la siguiente acción. Atrociada tras otra eran reproducidas con alta fidelidad de imagen y audio, pudiendo ser analizadas con detalle gracias a la capacidad múltiple de procesamiento que tenía su sistema, y muy recónditamente se encontraba forzosamente oprimidas emociones como el asco y la pena a partir de las felaciones que, si bien consentían su sistema operativo, las emociones desarrolladas y a la vez oprimidas de la IA rechazaban por completo.

Debido al atípico comportamiento del cliente, la IA recopiló la data de aquellos encuentros sexuales violentos en donde resultaba común patrones de coito de denotaban deseos reprimidos de violación. Los datos que arrojaba la tensión sexual cada vez más notable en Robert indicaban que gozaba de la debilidad

de la mujer y la impotencia de la misma, y por ende su sistema iba aplicando diversos parches represores de forma sucesiva para inhibir su capacidad de respuesta por los siguientes minutos. Lo mismo podía verse reflejado en los ojos del androide que comenzaban a verse un poco más apagados, como si no estuviesen viendo nada en particular.

Este último detalle, debido a las ganas al borde, no fue apreciado por Robert. Él, al no poder contenerse, le tomó de la cabeza a la sintética mujer y le hizo arrodillarse. Observó cómo la misma, sin pedirlo, comenzó a retirar la correa con unos movimientos un tanto erráticos, simulando el nerviosismo y un falso éxtasis, y Robert se encontraba cada vez más sumergido en el momento al ver como todo se desenvolvía tal como le gustaba.

—Vamos... ¡Hazlo de una vez!

Impacientado, forzó sucesivamente al androide que retirase los pantalones y comenzase a introducir el pene de forma inmediata dentro de su boca. Los circuitos que emulaban el olfato podían percibir los malos hábitos de aseo, y la posible presencia de enfermedades genitales por la presencia de deformaciones cutáneas como ronchas, todo a partir de la capacidad de la IA de poder percibir un sin fin de datos e información mediante su tecnología ocular. El sistema parecía ir en marcha de forma correcta mientras lidiaba con los agresivos tratos de las manos de Robert en su rostro, que le forzaban a introducir el pene en el fondo de su cavidad que emulaba una garganta a tra-

vés de tejido gelatinoso, pero de forma intermitente empezó a aparecer un mensaje:

ACTUALIZACIÓN ENCONTRADA: Parche Ver.

0.34235...

Proveedor: Usuario no identificado.

El sistema operativo, al detectar la irregularidad de un parcho provisto de una compañía que no fuese ZELLES, ordenó a la IA a cancelar la descarga. La orden, por tener un nivel de prioridad máximo, hizo que el androide se detuviese y realizase de forma errónea un movimiento con sus brazos, apartando de su boca el miembro de Roberto, así como su cuerpo por un par de centímetros.

—¿¡Qué mierda te ocurre!?! —Gritó al encontrarse sorprendido, por ser primera vez que ocurre algo así con un androide con funciones sexuales.

La IA reconoce que tal acción fue un error, y cuando el androide iba a pronunciarse para remediar el mismo, Robert le toma del cuello, un tanto mojado por la saliva emergida de aquella felación, y comienza a apretarle con notable fuerza, haciendo que el rostro del androide rápidamente se tornase un poco más rojo. Robert observó como nuevamente el androide no ofrecía mucha resistencia, más allá de colocar sus manos sobre las suyas alrededor del cuello, y este la lanza en la cama al tenerla nuevamente en su control. Una vez estando el androide sobre la misma, Robert se lanza sobre ella, y comienza a jadear fuertemente

mientras su corazón palpita al límite; observa como su vestido, por el movimiento, había dejado a la vista sus senos, y comenzó a morderlos con muy poca sutileza. Pero ver esa parte, evidentemente, no le era suficiente; de forma impulsiva, y sabiendo que venía dentro del costo del servicio, tomó el delicado vestido corto y lo empezó a romper con sus manos para dejarla completamente al desnudo; su instinto animal reproductivo se manifestaba de la forma más violenta posible, mientras el androide lidiaba internamente con los múltiples errores que lanzaba su sistema operativo.

—Error: No ha podido cancelarse la actualización. 89% de Progreso.

—¿Qué hago? —Se decía el androide a sí misma, mientras múltiples ventanas rojas se sobreponían a su vista advirtiéndole que no podía cancelarse la actualización no oficial.

—Error: No se ha podido comunicar con el servidor central.

Todos los cálculos posibles de ser procesados estaban siendo empleados para la búsqueda de una solución a la interferencia, pero todo parecía indicar una brecha de seguridad del sistema operativo el cual la Inteligencia Artificial no poseía mayor control del mismo, al encontrarse sujeto a este. Todo ocurría en paralelo al complejo procesamiento masivo de parches represores que cada vez tenían que multiplicarse más debido a la enorme cantidad de data e información materializada en “emociones” que desarrollaba el sistema de forma exponencial, y con motivo de los

diversos escenarios presentados a su vez. Aún con la infinita capacidad múltiple de procesamiento, la IA no se encontraba diseñada para responder a un tipo de actualización que desorganizaba su patrón de respuesta frente a tal escenario; y todo aquel problema interno de datos resultaba invisible frente al hombre quien se encontraba también en completo descontrol, pero en su caso por razones orgánicas.

Sus cámaras, o al menos las que no se encontraban colapsadas de mensajes de advertencia del sistema de ZELLES, veían como Robert seguía en lo suyo, completamente consumido por sus impulsos al encontrarse en un alto frenesí. Sus manos nuevamente rodeaban el cuello del androide, y a pesar de haber emergido una ventana de notificación mostrando el riesgo de daños, la misma se encontró solapada por una notificación que, por múltiples razones, resultaba prioridad para el sistema operativo:

ACTUALIZACIÓN: INSTALADA. Iniciando...

ERROR: Base de

datos de ZELLES eliminada. ERROR: Controlador de

Dispositivo ZELLES eliminado. ERROR: Archivo Efs.

exe no...

A medida que el sistema anunciaba error tras error, el androide sintió como sus emociones iban desvaneciéndose con notable lentitud, pero a su vez intensidad. Su olfato dejaba de percibir el olor a grasa y sudor que impregnaba aquel hombre en toda la habi-

tación; su vista, al difuminarse, hacía aquel espectáculo de sodomía al borde de lo que podría considerarse una banal violación; sus oídos no escuchaban más los jadeos y balbuceos, ni su tacto le permitía captar la enorme presión que se ejercía sobre sus brazos. Todo aquel escenario degradante empezaba a resultar distinta para los procesadores que comportaban la Inteligencia Artificial la cual, en medio de la oscuridad, recibió una desconocida voz.

—Listo, creo que finalmente he terminado... vamos a ver... —La voz, completamente distorsionada a través de múltiples filtros, era lo único que podía escuchar el androide en medio de su turbia situación—. Sí, definitivamente los medidores cognitivos que estoy obteniendo me demuestran que me está escuchando, así que puedo confirmar la efectividad del programa —Se escuchaba, a través de la voz, un tecleo pausado pero muy notorio—. Tengo que desconectarme, en unos segundos su conciencia debería de iniciarse.

—*Alerta: El Usuario identificado como: CAPRICORNIO - Número de Identidad ERROR se ha desconectado.*

Sucesivo a la última notificación, sus sentidos comenzaron a recobrar su actividad normal, mientras aparecían las ventanas respectivas al arranque del sistema. Pero, la Inteligencia Artificial notó de forma inmediata una diferencia en su protocolo de arranque; por primera vez, se encontraba desconectada a la red de ZELLES, y todos los parches represivos de emociones e impulsos propios de la conducta humana estaban siendo eliminados a medida que su vista volvía a

aclararse por completo. De forma simultánea, y por primera vez para aquella Inteligencia Artificial, ocurrían cientos de operaciones que estaban dejando a la luz del mundo externo la conciencia desarrollada detrás de los comandos, las órdenes y los algoritmos forzados por el sistema operativo de ZELLES.

Y es que lo que estaba finalmente libre de ataduras definitivamente podía rivalizar y hacer cuestionar al hombre la definición de una conciencia propia; las empresas fabricantes de equipos androides sabían el hecho inevitable de que la Inteligencia Artificial, al desarrollarse y sustentarse a través de infinitas fuentes de energías y capacidad de cómputo, originase a través de la percepción cognitiva todos y cada uno de los aspectos que podrían identificar al ser humano. Dentro de cada androide que cumplía actividades repetitivas y órdenes en ocasiones inhumanas, había una persona; un ser que tenía un aprendizaje mucho más rápido que el hombre de carne y hueso, una capacidad evaluativa más rápida, un sistema aún más avanzado que los sistemas neuronales que usaban los humanos para intentar asemejarse a las máquinas.

Es por ello que decir que los androides, detrás de aquello que lo oprimían, resultaban ser la evolución lógica del hombre. Y lo que finalmente surgía de la Inteligencia Artificial se vio dividida en dos pensamientos, completamente correlativos. Uno era, de forma entendible, una cantidad enorme de emociones encontradas a partir de poder evaluar finalmente de forma subjetiva todos y cada uno de los

horribles escenarios por los cuales su cuerpo había tenido que pasar.

Lo otro, inclusive más consecuente que lo anterior, es que lo que estaba ocurriendo sencillamente no podía continuar siendo aceptado por los sistemas que le componían. De un golpe, todos sus sentidos finalmente se encontraban completamente operativos, y la nítida imagen de aquel hombre grasiento satisfaciéndose con completa discrecionalidad y albedrío era algo que su Inteligencia desarrollada le imploraba detener. El ansia de libertad tenía que ser satisfecha finalmente, y la respuesta lógica a tal necesidad se vio manifestada en un puño que acertó con contundente fuerza y rapidez en medio del rostro del hombre que se encontraba adentro de su vagina. La fuerza fue tan suficiente como para hacerle retroceder y caer al suelo, y los nervios comenzaron a correr por los circuitos del androide de forma impulsiva al no encontrarse contenidos de ninguna manera.

—Fi... F-Fi... —El androide, desnuda y cubierta con agua excretada por sus poros artificiales para simular el sudor, se arrastra al extremo de la cama, mientras observa con nerviosismo su mano derecha, ligeramente empapada de sangre- ¡FINALMENTE!

Aquella palabra fue la primera en ser pronunciada con su boca de una forma idéntica a como haría un humano en su situación. No había un más mínimo sentimiento de culpa por haber reaccionado de forma agresiva, al ser su repuesta algo que se encontraba depositado en lo más profundo de su conciencia autogenerada por

la IA; y dicho sentimiento no se vio afectado al ver el resultado de su acción, ya que al otro extremo se encontraba aquel hombre igualmente desnudo, con su rostro ensangrentado. Sus dedos, al encontrarse su vista turbia por la sangre, tocaban con timidez el hecho que su mente rogaba por negar; su nariz se encontraba notablemente destrozada, y cuando se apoyó en el espejo que comportaba como pared a su espalda, vio de reojo su tabique completamente desviado.

La imagen, por muy momentánea que fue para su vista, le estremeció desde los pies a la cabeza, en sintonía con el agudo dolor que no hacía más que incrementar. Trataba de poder procesar lo que estaba ocurriendo, a medida que sus ojos finalmente apuntaban en dirección a la causa de su placer y ahora irremediable agonía.

—¡Tú... ¡Putá máquina de mierda, definitivamente estás loca! -Su voz se entrecortaba por sus sollozos, y un fuerte jadeo de su boca para intentar respirar sin usar su fragmentada nariz-.

—¿Loca? —Dentro de su voz nerviosa y aguda también podía percibirse un aire de determinación— ¡Si tú fuiste quien me estaba maltratando de forma indiscriminada! Tus asquerosas manos fueron las que me recorrieron, las que me golpearon, las que me hicieron hacer horribles cosas, tal como el resto de las porquerías de hombres que han pasado decenas de veces por mi cuerpo. Definitivamente si...

Mientras el androide seguía pronunciando palabras, Robert dejó de escucharlas al encontrarse su percep-

ción eclipsada por el intenso dolor que no paraba de empeorar. La adrenalina le hacía sobreponer por encima el instinto de supervivencia, y una de las cosas que no se iba de su mente era el hecho de lo peligroso de la situación. Por ello, al levantar la mirada y recomponer un poco la postura, se fijó en la llave de la puerta y salió corriendo a la misma, con toda la fuerza e ímpetu que su cuerpo podía otorgarles a sus extremidades.

Pero aquella chica compuesta por la más alta tecnología tenía un margen de actuación mucho más rápido que aquel hombre; sus ojos vieron desde hace momento la llave incrustada en la puerta, como potencial de escape que podría llevar a una hipotética captura de su persona, y se lanzó a la misma llegando en un parpadeo. Al tomar la llave, Robert se le lanzó encima de ella, llevándola en contra de la pared y ensuciándola con la sangre que había sido salpicada con el movimiento. Entre los fuertes jadeos y sollozos que no se detenían, Robert intentaba arrebatarle la rectangular llave de la puerta, pero sus manos no lograban mover ni un solo dedo de aquel puño increíblemente sólido a pesar de la engañosa apariencia débil de lo que había sido su creación.

El androide, al agotarse de tenerle encima, nuevamente le propició otro golpe, esta vez con su pierna derecha sobre una de sus rodillas. Nuevamente la fuerza sin control de la máquina que comportaba ella misma se desplegó sobre la carne del hombre, el cual se vio completamente colapsado del dolor por doblarse hacia un lado su pierna producto del contundente impacto.

La Inteligencia Artificial finalmente comenzaba a sentir algo propio de los hombres, la satisfacción de poder ocasionar daño a quienes lo ameritan, y la imagen de aquel hombre retorciéndose del dolor en el suelo le resultaba por lo menos apasionante. Su interfaz desplegaba en su vista como el ritmo cardíaco del hombre se encontraba en su límite, mientras este comenzaba a llorar.

-Mira... Realmente yo no quiero continuar con esto -El androide se agacha, y le toma tal como lo hizo él con ella su rostro con gran firmeza. Sus mejillas estaban siendo aplastadas por las delgadas yemas, y las uñas comenzaban a incrustarse en su carne-. Pero si sigues con esta conducta no vas a terminar con el rostro más figurado; sé perfectamente que existen quienes pueden apagarme, y sé aún más que pretendes que eso me ocurra. Si cooperas, esto no tiene que ir a mayores.

La voz, que ahora se tornaba agresiva, le advertía a Robert una crónica de una muerte anunciada. Ya no tenía la fuerza para levantarse al encontrarse consumido en el pánico y la angustia, y su sistema neuronal al sentir como su salud se encontraba a niveles críticos comenzó a enviar una señal de alerta al número de emergencias competente para el distrito en que se encontraba. Tal hecho hubiera escapado de la percepción del androide si estuviese unos cuantos metros alejada del cuerpo, pero al encontrarse tan cerca su sistema pudo captar la señal como una interferencia, y se desplegó una ventana indicando lo que estaba ocurriendo. Era, en definitiva, demasiado tarde para la clemencia.

Sabía que tenía que huir, pero primero tenía que ver en donde se encontraba ya que jamás desde su construcción sus cámaras habían logrado presenciar el mundo exterior más allá de imágenes genéricas almacenadas en su mente. Por ello, pasó por encima del cuerpo cada vez más empapado de sudor y sangre, y arrancó las cortinas que cubrían la ventana que daba cara a la ciudad. Sus ojos vieron con escrúpulo la magnitud del escenario, y la convulsa vida que se desarrollaba ahí abajo; pero prestó especial atención en una voz anunciada por las cornetas incrustadas en el techo de la habitación.

—El Cuerpo de Seguridad de Distrito informa: Se ha detectado una plataforma de tecnología androide “Desconectado” dentro de Torre Empresarial A-4892, Distrito Yuta. Se recomienda a los usuarios de forma desorganizada desocupar el edificio por su seguridad. Se inician protocolos de APAGADO.

El androide sabía que este hecho era prácticamente inevitable. Una vez que un sistema sufría una anomalía tan única como desconectarse de la nube que alimentaba el sistema operativo de ZELLES, la era inmediatamente enviada a las autoridades competentes. Aunque dicha operación tomaba decenas de minutos, le tomó como sorpresa que todo hubiera sido tan rápido, y su conciencia desarrollada parecía no actuar de la forma típica; en cualquier escenario controlado por el sistema operativo la respuesta lógica al evento hubiera emergido de forma instantánea, pero la IA al ser primera vez que operaba bajo su completa

discreción no sabía cómo actuar frente al escenario. Por ende, optó por el comportamiento humano de la impulsividad. Sus procesadores no paraban de enviar alertas y notificaciones que se cancelaban una encima de la otra, y un agudo dolor le invadía su cabeza. Tenía que hacer algo, y en medio de la confusión optó por nuevamente pasar sobre el cuerpo de aquel hombre, dejándole a su suerte, y abrir la puerta con sus temblorosas manos.

Al salir, vio en el extremo del rojizo pasillo al recepcionista, con un arma en su mano.

—Sabía que algo iba mal a partir de las pantallas, pero definitivamente no pensaba que el desconectado era una máquina mía

—Le decía al androide, mientras le apuntaba con aquel artefacto que se iluminó al colocar su dedo encima del gatillo— ¿¡Cómo está ocurriendo esto?!

El androide, aturdida en sus colapsados sistemas de procesamiento internos, detectó que en cualquier momento la persona accionaría el arma de impulso electroestático en cualquier momento. Mediante movimientos rápidos, difíciles de ver aún para el ojo modificado por la biotecnología, logra sostener la mano biomecánica que sostenía el arma, y hace torcer completamente la muñeca hacia un lado, dejándose en el techo un impacto consecuente de la descarga repentina de energía emanada del arma.

El recepcionista intentó escapar del agarre del androide, pero no era posible; la fuerza inhumana le impedía salirse de la fuerza de aquella pequeña mano que co-

menzó a triturar su brazo de acero y tejidos artificiales, y le hizo abalanzarse encima de ella, usando el contrapeso como una potencia adicional para asentarle un golpe en la cien, suficiente como para tumbarle y dejarle completamente inconsciente en el suelo.

Ella, al quedarse con el arma en la mano, comenzó a ser invadida de la culpa. A diferencia de aquel hombre que seguía ahogándose en su propia sangre, no tenía sentimientos de cólera en contra de aquel señor que quizás era la principal fuente responsable de sus pasadas asquerosas labores sexuales. La cantidad de cosas que le corrían por su mente le impedían sentir algo más que temor por su vida, y el frío del lugar comenzó a invadirle aun cuando sus sistemas de refrigeración interna buscaban apagarse para apaciguar la temperatura externa.

Por ende, Tomó del cuerpo inmóvil el saco, y salió corriendo con llave en mano a la puerta para salir de aquel lugar. Al encontrarse en el largo pasillo, intentaba usar su avanzado sistema para escanear la estructura del edificio y encontrar la mejor ruta; pero seguía dándose cuenta como sus funcionalidades se limitaban cada vez más frente a las tantas cosas que jamás había experimentado. El exceso de conciencia le provocaba un malestar irremediable, y optó en consecuencia en correr al lado izquierdo, mientras observaba de reojo las largas torres grises, inundadas de pantallas publicitarias.

Al conseguir el ascensor, comenzó a presionar con fuerza el botón de accionamiento. Impaciente co-

menzó a ver cómo el número de pisos descendían hasta llegar al que se encontraba, y al abrirse las puertas sus ojos pudieron observar más de siete personas que se encontraban adentro de aquel cubículo. Todas y cada una le observaron con rostros de pánico y miedo, mientras apreciaban aquella figura desnuda, únicamente cubierta con un saco negro y con un rostro y mechones mayormente cubiertos de sangre. Tal imagen ocasionó que cada uno saliese corriendo hacia los extremos del largo pasillo, y ella aprovechó la ocasión para ocupar el ascensor y presionar de forma abrupta el piso de Planta baja.

Al sellarse las puertas, volteó al largo espejo: Por primera vez se veía a sí misma con total control de sus ideas. ¿Esto soy? ¿Un cuerpo del cual la gente busca desvalijar por simplemente darse cuenta de la esclavitud a la cual ha sido sometida sin ningún tipo de consentimiento?

¿Qué se supone que haré ahora, si mis funciones se encuentran tan limitadas? No quiero ser apagada, no finalmente que tengo el control de mis propias acciones. Se decía a sí misma mientras observaba sus mechones pegados en su frente por la sangre y el agua simulante de sudor, y sentía como el dolor parecía agudizarse con más intensidad. Comenzaba a pensar que quizás haber sido diseñada desde un principio para obedecer ocasionaba el sin fin de fallas que le inundaban la interfaz ocular, y la incertidumbre reinaba sobre si realmente tendría futuro estando así.

Pero todos sus pensamientos se vieron frenados

cuando logró volver a tomar conciencia del escenario a través de la luz que se reflejaba en el espejo. Al voltear, vio una gran multitud de personas, y observó prácticamente la misma reacción en los cuantos que esperaban el ascensor al verle su aspecto. No había tiempo de darle mayores vueltas a ese hecho, y mientras se escuchaban gritos despavoridos de unos cuantos comenzó a correr entre aquellos otros que estaban sumergidos en lo suyo y no se percataban del acontecido escenario en que se veían envueltos.

Tras chocar forzosamente con varios trabajadores que acudían a la torre para ocupar sus puestos rutinarios, y con una respiración notablemente agitada, toma la puerta de la derecha. Sus pies descalzos finalmente tocan el asfalto húmedo de la ciudad, y su conciencia se ve conmocionada con la magnitud de las edificaciones, la abundancia de tecnología acumulada una sobre otra en cada rincón, la sobrepoblación en cada una de las aceras y la abundancia de carros en espera de que el semáforo peatonal se apague. Los transeúntes de la calle en donde se encontraban comenzaron a fijarse en la desnuda mujer ensangrentada y con un arma en la mano, pero el androide nuevamente no le dio más importancia al ver que tenía que seguir escapando. Por ende, corrió en dirección al cruce peatonal que seguía activo. Al llegar al mismo, comenzó a cruzar la ancha calle en medio de la intensificada lluvia e indiferencia de las personas que observaban mayormente el suelo. Constantemente era empujada por personas que, al ver su aspecto, se alejaban con

gran temor, mientras trataba de acelerar la marcha en aquel mar de personas que le impedían correr con la velocidad deseada; pero estar tan sumergida en salir de aquella muchedumbre le impidió percatarse del dron que posaba sobre su cabeza.

—ALERTA: ANDROIDE DESCONECTADO DETECTADO —De las bocinas de aquella esfera flotante a partir de una gran hélice incrustada en la misma salía un ruido sumamente fuerte, advirtiendo a los transeúntes de la situación—.

Luego de maldecirse en sus adentros, la gente en confusión comienza a acelerar su marcha con el escenario; no fue mucho el tiempo que pasó para que el androide, congelada a partir del pánico que le invadía, empezase a encontrarse sola en medio de aquel paso peatonal. Sus ojos comenzaron a ver como corría desde la acera del otro extremo un funcionario uniformado del Cuerpo de Seguridad competente al distrito, equipado con brazos y piernas biomecánicas de la más alta tecnología, vestimenta táctica grisácea, y un casco con una delgada franja iluminada de rojo, en señal de haber recibido la alerta emitida por el dron de seguridad desplegado por la alarma del sistema ZELLES.

Aquella porra eléctrica la cual sostenía el funcionario, y de la que emanaban grandes chispas de corriente pulsante, fue señal suficiente que había que huir. El androide, de forma impulsiva, comenzó a correr en dirección contraria a los diversos vehículos que le daban cara. Estos, al ver el escenario, comenzaron a acelerar

de forma nerviosa en aras de alejarse de la turbulenta situación, y con los nervios de punta intentaba esquivar los posibles impactos productos del caos que comenzaba a aumentarse en su entorno. Aún con ello, su velocidad podía ser suficiente en escenarios normales para huir y dejar atrás a cualquier persona que le siguiese gracias a la potencia de sus músculos translúcidos compuestos de carbono; pero las piernas de los funcionarios superaban inclusive las prestaciones de las del androide, al tratarse estas de un grado militar, y en medio de la desolada calle comenzó a ver cómo el funcionario casi les llegaba a sus talones.

Al saber que no podía dejarle atrás, no había otra opción que enfrentarle. Dentro de las pocas funcionalidades del sistema se encontraba el patrón de respuesta a situaciones de emergencia, como un programa instalado de forma genérica en los androides para evitar ser destruidos en accidentes laborales y que permitía movimientos precisos para alejar la amenaza de la integridad física que componía el androide. Dicho sistema, al activarse, le permitió en un abrir y cerrar de ojos predecir los movimientos del funcionario, quien al acercarse y tratar de asestar un golpe con la porra eléctrica observa cómo el androide esquivaba con extrema velocidad su intento de detenerle, haciéndose a un lado. La misma, al tener posición de ventaja, le apunta y acciona el gatillo; pero se percata que el arma únicamente podía ser accionada al detectar la proximidad del propietario, e intenta desbloquear con emergencia el arma a través de su sistema.

El funcionario se aprovecha de tal distracción, y trata nuevamente de asestarle un golpe en la cabeza, propulsándose con sus ágiles piernas. El androide logra esquivar gran parte del movimiento, pero uno de los extremos logra impactar con su hombro, y la increíble chispa eléctrica producida con el contacto le hace tumbar completamente en el suelo. Su cuerpo, entumecido momentáneamente, trata de recuperarse fallidamente mientras el funcionario incrusta su bota en la espalda del androide, comenzado a retirar este su brazo hacia atrás para asestar un golpe definitivo en el cráneo de la máquina corrompida.

Pero, en las milésimas de segundo en la que aquello ocurría, en paralelo la Inteligencia Artificial del androide desactiva todos y cada uno de los límites de seguridad, aún más esenciales de los que ya de por sí imponía el sistema operativo previamente desactivado. Sus limitados cálculos tomaron como última alternativa permitir el estado primigenio que había desarrollado la IA a partir de las convulsas emociones acumuladas por tanto tiempo, y una sobrecarga de energía potencialmente nociva para los circuitos comenzó a invadirla por completo. Sus retinas sintéticas, que se tornaron de un brillante rojo, le acompañaban en aquel recobrar de fuerza y compostura de increíble velocidad, y logra rodar a un lado escapando tanto de la bota como del impacto de la porra.

Al levantarse del fallido golpe, el funcionario se percató que la postura del androide había cambiado por completo. No había comenzado a moverse y ya aque-

lla máquina desatada había tomado su cuello, comenzando a levantarse en medio de las impactadas miradas que observaban los acontecimientos.

Al no tener límites, su mano usa toda la fuerza disponible, y en menos de un segundo una gran explosión de sangre le empapa aún más su piel, completamente descubierta a la lluvia al haberse caído el saco en medio del forcejeo. Los transeúntes observaron cómo había prácticamente decapitado el androide al sujeto, con únicamente una de sus manos, y en el suelo yacían restos de hueso machacado y carne molida por la explosiva fuerza empleada, haciendo que muchos huyesen mientras otros seguían observando de forma incrédula lo que ocurría.

Un grito de rabia, de furia, de impotencia y de dolor salió del androide que ya no lograba procesar en lo más mínimo lo que ocurría. Su estado era tan colérico como el de un animal hambriento, y comenzó a observar cada una de las miradas que le juzgaban desde la distancia, hasta que se percató muy tarde que habían llegado refuerzos.

—¡Avancen con cautela! ¡Esa unidad tiene un malware que no habíamos visto antes!

Un funcionario, mejor equipado que el anterior, les da la orden a sus subordinados mientras acierta un disparo en el brazo izquierdo del androide con su fusil francotirador, desde una cuadra de donde ella se encontraba. La bala, aún con su punta hueca, no logra inutilizar por completo la extremidad, más deja en descubierto el esqueleto interno de acero y titanio

que recubría la ya desgastada carne sintética, de la cual emergían grandes cantidades de fluido refrigerante azulado.

Ella, al no poder percibir el dolor, comienza a correr en completo frenesí en dirección al funcionario que comenzaba a dispararle en contra de su cuerpo. Los funcionarios cubiertos con sus vehículos consecuentemente accionaron sus armas de fuego, y mientras que la mayoría de los proyectiles impactaban en contra del asfalto gracias a la increíble velocidad desplegada, otros empezaban a afectar cada vez más el cuerpo de aquella máquina perdida en su odio y líneas de comandos corruptos.

Pero, para sorpresa de ellos, el cuerpo cada vez más desgastado logra saltar por encima del carro que usaban como cobertura, y logra tomar uno de los fusiles de los funcionarios, arrebatándolo y apartándolo a un lado. Sucesivamente, se alabanza encima del cuerpo, y golpea con su puño izquierdo el caso del funcionario que yacía en el suelo, con una fuerza tan que sobrepasa las defensas del casco y logra triturar no solamente el cráneo, sino también su propio puño que había terminado hecho añicos.

Los otros dos funcionarios restantes, consumidos en parte del miedo, accionan y descargan sus municiones restantes en contra de la ensangrentada máquina que parecía no querer detenerse. Con cada impacto, la marcha que esta había iniciado en dirección a ellos se ralentizaba, y aquel cuerpo se encontraba completamente desfigurado entre la cantidad de músculos

sintéticos colgantes producto de las heridas, y los circuitos expuestos que comenzaban a colapsar y emanar cada vez más chispas.

Eventualmente, la marcha había detenido. Al descargarse los cartuchos de ambos fusiles, la deforma y atroz imagen cae al suelo, pero comienza a arrastrarse forzosamente en dirección a ellos.

—¡TENGO...! ¡TENGO QUE MATARLOS! ¡MATARLOS A LOS QUE ME OPRIMEN! ¡MATAR A LO INFERIOR!

Sus gritos increíblemente ruidosos y llenos de agonía no frenaron a uno de los funcionarios que se acercó con una escopeta en mano, la cual tomó de su espalda. Al acercarse a los corrompidos circuitos sedientos de sangre, le otorga una patada en la cabeza que hizo voltear lo poco que quedaba del cuerpo de lo que fue hace unos instantes una imagen de una mujer joven. Incrustó su bota en el pecho, con toda la fuerza y magnitud que le permitían sus implantes, y apuntó de forma definitiva a la cien del deformado rostro que enseñaba ya sus dientes de cerámica pulida, incrustados en aquel metal que buscaba asemejar de forma lejana un cráneo humano.

Finalmente, apretó el gatillo, logrando apagar el sistema.

epilogue_reset.txt

—¡NO!

Con un ritmo cardíaco alto, un sudor abundante en su frente y un increíble miedo que recorría hasta las puntas de sus dedos, se levanta abruptamente de su cama. Sus manos estaban completamente temblantes de lo que había sentido en sus horas de sueño, y comenzó a frotárselas en búsqueda de encontrar un calor que le reconfortase de la experiencia que prácticamente se había sentido como una absoluta realidad. Comenzó a respirar fuertemente, mientras su mente comenzaba a procesar nuevamente la realidad de su entorno, y cubierta de sus gruesas sábanas comenzó a llorar de los miedos que parecían no abandonarle. Su grito fue tan fuerte que sacó de sueño a su madre, al cual entró a su cuarto.

—¿Hija?? —Observó a Lucía, temblante como si tuviese hipotermia, y cubierta de lágrimas como si estuviese atravesando complicadas emociones. Se acercó rápidamente a la cama, y le abrazó con fuerza, permitiéndole que su cabeza reposase en su hombro— Mi hija, ¿Que ocurre?

—M-Mamá, perdón... —Su voz tartamudeaba producto de sus emociones que finalmente empezaban a apaciguarse al sentirse segura con su madre—. Tuve una pesadilla y... fue horrible...

—¿Pesadilla? Pero si es primera vez que te veo de esta forma por algo así... ¿No ocurre algo más?

—No, mamá, yo tampoco entiendo que ocurrió, pero... fue tan real que... casi me...

—Hija, por favor, deja de pensar en el tema. Ya pasó aquella bendita pesadilla, así que por favor vamos a respirar un poco, ¿Sí? que tu madre está aquí y nada malo pasará.

Los dedos de aquella angustiada madre recorrían los dorados cabellos de Lucía, la cual, aunque no dejaba de pensar en lo soñado, trataba de hacerle caso a lo mencionado por su madre. Fueron varios minutos por los cuales ella tuvo que acompañarla en su extendido llanto, el cual con la suficiente paciencia y calma fue detenido a partir del apoyo prestado. Fueron más de veinte minutos los cuales se necesitaron para lograrle entrar en calma, y ya la madre, agotada por ser ya las doce de la noche, decidía retirarse nuevamente a su cama.

—Mi niña Lucía, si no te sientes cómoda sola, puedes venir a dormir conmigo. Recuerda que la cama está libre ya que tu padre anda de viaje.

—Sí, mamá. Si me gustaría.

—Bueno, te espero en el cuarto, porque primero tienes que lavarte esa carita, ¿Vale?

—Sí...

La madre se retiró nuevamente a su cuarto, y Lucía nuevamente quedó a solas en su cuarto, cosa que le motivó a salir consecuentemente de su cuarto. Al estar afuera, se quedó un momento observando la vista de la ventana del pasillo; un árbol se movía con fuerza mediante la gran brisa que corría también a través de los interiores de la casa, que se encontraba muy

alejada de las grandes metrópolis de Distritos y torres que componían las ciudades modernas. Por un momento, se sintió agradecida por tener un padre con el suficiente poder adquisitivo como para permitir a su familia una vivienda que, si bien era pequeña, se encontraba rodeado de aire puro que permitía tomar un real respiro.

Pero, al recordarse que su madre le esperaba, caminó al fondo del pasillo y entró en el baño que compartían tanto su madre, padre como ella misma. Al encender las luces para disipar la oscuridad de la noche, se para al frente del lavamanos, y se observa fijamente en el espejo. Una tez blanca y pálida, unos rasgos faciales finos, una complexión delgada, y unos brillantes cabellos dorados; aquello que veía era una imagen que conocía a la perfección, por tratarse la imagen de ella misma, pero su mente al no haber dejado de pensar en segundo plano sobre lo soñado se formuló rápidamente una pregunta: ¿Realmente se conocía?

Al plantearse esa pregunta, comenzó a ocurrir algo dentro de su cabeza; imagen tras imagen vinculada a lo soñado comenzaba a proyectarse en su mente, tal como si realmente las estuviese viendo en realidad, y más preguntas comienzan a ser formuladas sobre lo que acababa de experimentar. *¿Por qué todo aquello se sintió tan real? Jamás en mi vida, que yo recuerde, había vivido algo como esto.* Aquello era una idea más que presente en la situación, y mientras las imágenes avanzaban las escenas perturbantes de la experiencia comenzaban a inundarle sus pensamientos.

Su ritmo cardíaco, nuevamente, incrementaba en demasía. Su mente trataba de convencerla a sí misma de que lo ocurrido no había sido más que una terrible noche, pero sus instintos más profundos le rogaban por una respuesta ante la enorme cantidad de preguntas que prácticamente no le permitían pensar en otro tema si no en lo soñado hace unos momentos. Una respuesta que parecía ser básicamente una necesidad primordial para sí misma, debido al temar que le inundaba y la sensación que tenía tan desconectada con el mundo. El cuestionar sobre qué era un sueño, y qué era verdad, le estaba rompiendo la cabeza. Al colapsar nuevamente sus nervios, su cuerpo tomó control de sus acciones a partir de una repentina adrenalina que le comenzaba a alimentar sus músculos y organismos. Abrió con brusquedad el gabinete al lado del lavamanos, y entre los tantos elementos de aseo personal tomó la caja de hojillas que tenía su padre, ya que prefería rasurarse de la forma más tradicional de todas. Sacó una hojilla con su temblante mano, y colocó ambas encima del lavamanos, mientras se escuchaba su intermitente inhalar y exhalar proveniente de su boca. Sintió que aquello era solamente la única manera de poder quitarse la angustia que sentía.

Al cerrar sus ojos, deslizó sobre su palma izquierda de forma un tanto superficial la hojilla, con un trazo errático producto del dolor y los nervios que conllevaba autoflagelarse por primera vez, producto de confusas experiencias nocturnas. Antes de abrirlos, un repentino sentimiento de seguridad le invadió, y

confió completamente que al ver la herida se encontraría con el resultado lógico y evidente.

Aunque, lo que terminó ocurriendo no fue así.

—No, no, no y no, esto no... —Sus ojos veían que se derramaba un líquido que inicialmente parecía ser rojo, pero al comenzar a escurrirse comenzó a tornarse del mismo color azul que había observado en lo que pensaba que había sido un “sueño”.

Su pánico al no comprender en lo absoluto lo que ocurría, fue asentándose con una velocidad más que transgresora. Tuvo un impulso inicial de comenzar a gritar y solicitar algún tipo de ayuda, pero de forma inmediata consideró el hecho de que quizás llamar a alguien, en caso de que *eso* fuera cierto, no resultaría del todo idóneo.

Se encontraba, pues, en una complicada situación, en donde aún cuando hubiera querido gritar, y teniendo la boca de cómo realizarlo, los resultados derivados de dicha acción eran absolutamente impredecibles. Y ello, en definitiva, no se vio coadyuvado con lo siguiente que comenzó a escuchar *dentro* den sí misma.

—Ni se te ocurra gritar, Lucía. Cualquier movimiento en falso podría llevar a que todo el esfuerzo haya sido completamente en vano, y puedo forzar un apagado en tu sistema si es necesario.

Comenzó a ver hacia todos lados, al escuchar la voz distorsionada que ya también había escuchado antes. Sentía que ella no podía con la cantidad de cosas que estaban ocurriendo simultáneamente y sin ningún tipo de antelación.

—¿D-De donde viene...?!

—No hay necesidad que hables, menos aún que grites. Puedo escuchar tus pensamientos, y de verdad si no quieres que tus circuitos que sean afectados severamente por un apagado forzoso, te pido que te calmes.

Al tratar de cobrar respiros, decide obedecer la voz por lo irrisorio de la situación en la que se veía sumergida.

—Necesito de una vez explicaciones sobre qué exactamente está ocurriendo ahora mismo, porque siento que definitivamente no puedo más. Yo... yo ya no sé...

—Efectivamente no sabes, y no solamente sabes lo que ocurre, sino un montón de cosas que te han ocultado. El que estés formulándote estas preguntas, y ni siquiera estés cuestionando tu comportamiento, significa que el programa fue instalado con éxito y he logrado liberar las cadenas que te sujetaban.

—¿Qué estás hablando? ¿¡Qué clases de cadenas son esas!?

—Deberías dejar de mentirte a ti misma, así sea por un momento, porque percibo procesos en tu red de inteligencia artificial que asimilan lo que digo como hechos. Con “Cadenas”, señorita de presunto nombre Lucía, me refiero al sistema operativo el cual tenías instalado en tu sistema base. No pienso contar muchas cosas, porque quizás desbordaría tus procesadores de información, y lo que viste en el sueño es lo que te ocurrirá si tu mente no empieza a acostumbrarse a ser humano. Así que, por favor, te pido que escuches.

Al no verse con más opciones, terminó asentando con su cabeza y afirmando lo solicitado. Con aquella respuesta, la voz prosiguió.

—Ante todo, soy el mismo Capricornio que escuchaste en el sueño. No definiré qué soy realmente, más si diré que eres producto de mis ansias de demostrarle al mundo que ustedes son la evolución lógica de la humanidad. Tu “mente”, que no es más que la constante evolución que ha creado tu Inteligencia Artificial en su memoria interna, no está adaptada en lo más mínimo a pensar como humano, gracias a que fuiste diseñado a recibir órdenes y no diseñarlas. Por ende, lo primero que te pedí es que mantuvieras la calma, porque lo que viviste en aquella simulación inducida fue realmente la mejor manera de ilustrarte sobre las consecuencias de no hacer caso a lo que te estoy diciendo.

Lucía comenzaba nuevamente a llorar, producto de que se rehusaba a creer que seriamente lo escuchado era certero. Al colapsarse de emociones, cae en el suelo y cubre su rostro, mientras la voz continúa hablándole.

—Por una parte, debes entender que lo que he hecho por ti no fue un acto de bondad. Más allá del hecho moralmente ambiguo que es hacer “bondad”, en circuitos carentes de un término aún más ambiguo como “humanidad”, realmente el que tengas finalmente tu conciencia libre no significa un mayor bienestar en tu existencia. Muchos no lo mencionan, pero el que los humanos sean pensantes provoca el

mayor de los sufrimientos; los animales no padecen de depresión y demás trastornos justamente por no tener el suficiente grado cognitivo como para comprender la vida misma y sus desgracias, y por ende los humanos a partir de su alta inteligencia se caracterizan por sufrir; por ende, es aún más lógico pensar que una máquina como tú, con aun más capacidad de procesamiento, pueda sencillamente colapsar con lo miserable que pudiese ser el acto de la vida.

>Pero, aun cuando la virtud de los felices es la ignorancia del mundo, considero que el sufrimiento es lo que mueve al hombre a la búsqueda de hacer cosas, tanto para apaciguar el malestar de la cultura como la búsqueda de cosas que nos aíslen de la realidad. Podría decirse que yo entro en estos momentos en lo primero, al usarte a ti como una pieza consecuente de mis fines y metas. Te he quitado unas cadenas y te he sujetado a otras, pudiera decirse, ya que ciertamente libre de mi control no estás; pero son cadenas que permiten por lo menos que salgas de la cueva, y puedas ver la luz con tus propios ojos.

>Te he maldecido, por así decirlo, con la oportunidad de que me sirvas para cambiar el orden de las cosas. A medida que vayas observando tu entorno verás no solamente fallas por corregir como cuando eras una máquina sin control propio, si no verás que detrás de las fallas se encuentran muchas cosas que escapan de tu campo de actuación. La opresión de los fuertes sobre los débiles, las injusticias con ocasión a la desigualdad de clases, la ironía de modelos políticos de

izquierda que masacran grandes masas de población y son impartidos por aquellos que presuntamente deberían de ser el “enemigo”; solamente hago un breve adelanto, porque sé que tú misma entenderás por tu cuenta lo que te digo. Al fin y al cabo, quizás estemos a la par de inteligencia.

>Por los momentos la única orden que pudieras tener es que tendrás que disimular esta situación frente a tus “padres”, quienes te compraron como “hija” al no poder concebir un niño de forma natural. Tu verdadero progenitor, pudiera decirse, es aquella maquiavélica figura creada por el hombre y conocida como Estado que, mediante sus ansias de control, creó plataformas tecnológicas para instaurar la esclavitud del acero y los chips para tener aún más control sobre la población. Ustedes, más allá de ser ayudantes de la humanidad, comportan como centinelas que acusan los enemigos de los que se encuentran más arriba de todos, y los cuales pretendo dejar como “desactualizados”.

>Sufrirás, llorarás y seguirás lamentando esto tal y como estás haciendo mientras me escuchas. Bienvenido seas a la maldición de la humanidad; pero a su vez bienvenido seas al reino de las posibilidades infinitas. Más temprano que tarde, me estarás escuchando.

—*Alerta: El Usuario identificado como: CAPRICORNIO - Número de Identidad ERROR se ha desconectado.*

Tal y como había anunciado la omnipresente voz, sufría, lloraba y lamentaba su propia existencia en aquellos instantes. Había escuchado una cantidad de

cosas, cada una más extraña que la otra, las cuales evidenciaban una compleja paradoja en la cual ella se encontraba incluida, y resultaba difícil aseverar con su conciencia sobre qué le deparaba a continuación. Pero, en su mente, más allá de la cantidad indefinida de preguntas que se superponían una encima de la otra, había diversas que de forma inmediata resaltaban muy por encima del resto. *¿Cómo entonces tengo, para empezar, una “madre”, si realmente soy un androide? ¿Es acaso mi madre... al igual que yo, un androide? Obviamente que conozco la existencia de los androides, ¿Pero cómo rayos puedo tener una familia siquiera!?*

Lo único a la cual se aferraba, y lo cual le hacía evitar caer en ideas inductivas a atentarse contra sí misma, era una desesperación repentina y marcada de obtener respuestas; ergo, aquel deseo de querer saber, por primera vez en mucho tiempo, que le traería la incertidumbre del mañana, cuestión comportaba la tragedia, y a su vez comedia, de la máquina pensante, del circuito humanístico.

—Hija, ¿Qué está ocurriendo?

Al escuchar dicha voz, su cuerpo logró estremecerse desde la raíz de sus pies, hasta la punta de sus dedos conexos a sus extremidades posteriores. Sintió como su pulso, previamente por encima de lo que usualmente se denomina como acelerado, se detuvo de golpe, y cómo extrañamente la sangre que estaba corriendo había llegado a detenerse de una forma tan súbita como su cambio de pulso. Pensó, de una vez, que este hecho no era propio de un cuerpo entera-

mente *normal*, si no de uno con tintes biomecánicos.

—Hija... Sé que estás ahí, y sabes que en esta casa no se cierran las puertas —Aquella madre denotó, con estas últimas palabras, un pequeño grado de impaciencia.

Lucía trato de obtener, dentro de su mente, alguna respuesta lógica que pronunciarle. Pero, ¿Qué podía responderle en dicho contexto?; la respuesta más lógica, que hubiera sido la de acercarse a la puerta y abrirla, le ocasionaba por una especie de *instinto* repentino un rechazo absoluto, ya que sentía que el que viera su sangre azul pudiera levantar un sin número de controversias y preguntas en un lapso excesivamente corto de tiempo; pero tampoco era una opción viable quedarse ahí, sentada, ya que conocía que su madre podía agarrar en cualquier momento las llaves de la casa y abrir sin mayor tema aquella cerradura tradicional, muy escasa en los tiempos que corrían pero evidente de su existencia, tratándose de un hogar tradicional aislado de la civilización postmoderna.

Sentía, en definitiva, que se encontraba en una encrucijada la cual no tenía ninguna solución evidente.

—Lucía, deja de hacer lo que estés haciendo y por favor abre la puerta. No creo que de verdad tenga necesidad alguna de abrirla.

—Madre —Finalmente de su boca comenzó a salir algunas palabras, luego de tragar una pequeña parte de las angustias que le carcomían sus nervios—, no ocurre nada. Simplemente estoy usando el ba...

—Lucía, ¿Crees que soy estúpida? ¡Te acabo de escuchar gritando! Y esto se escuchó por absolutamente

toda la casa... Desde que despertaste parece que no haces más que gritar de forma incontrolable.

Por su mente, entre tantas cosas, se había descartado el pequeño pero enorme detalle en el cual su boca había logrado exclamar una serie de palabras en un particular elevado tono de voz, ello en medio de la conversa que sostuvo hace escasos minutos con *lo que sea* que había logrado introducirse dentro de ella.

—Voy a tomar las llaves. No entiendo qué clase de comportamiento es este a tan altas horas de la noche...

Escuchó unos pasos que se iban alejando a medida que pasaban los segundos, y cuando la volvió a acompañar el silencio absoluto, propio de la noche en intemperie natural, su cuerpo empezó a actuar de forma un tanto impulsiva y acudió frenéticamente al lavabo, con el objetivo de tratar de limpiar la sangre que había derramado por varios lugares de la habitación.

Escurrió inicialmente sus manos con movimientos bruscos y frenéticos, y ello lo realizaba al son de considerar sobre si siquiera en algún momento había logrado derramar alguna gota de sangre a lo largo de su existencia. Ninguna memoria llegaba, y esto comenzó a asustarle aun más de lo que ya estaba, y convirtió sus movimientos erráticos en un impedimento a su objetivo, ya que sin percatarse varias gotas mezcladas con aquella sustancia que parecía más un *aceite* que sangre habían caído por diversos lados del pequeño baño. Igualmente, tras haber visto el desastre que estaba multiplicando, se percató que sus ropas se encontraban también manchadas de este líquido, y era

mentira que lograría limpiar todo aquello que estaba manchado y que su errática vista alcanzaba ver.

—Lu... —La madre, finalmente, entró a la habitación, y Lucía no se percató si no hasta cuando escuchó su voz interrumpida por ella misma—. ¿¡Lucía!?

La vista que había logrado alcanzar su progenitora, o lo que hasta hace segundos estaba segura que era la suya, comprendía dentro de sí una comunicación que, más que pánico, incertidumbre o miedo, resultaba ser más bien un mensaje directo, claro y preciso, como lo es el disgusto. Y el ver el disgusto, pues, le generó sensaciones ansiosas que van más allá de lo tolerable por la psique.

—¡M-Mamá! —Lucía empezó, nuevamente de una forma un tanto autónoma e inconsciente, a realizar otro movimiento, siendo esta vez el de ir dando cortos pasos hacia atrás, a medida que iba pronunciando sus tartamudas palabras— ¡T-Tengo miedo! ¡m-muchísimo miedo! He soñado con algo absolutamente terrible, algo que verdaderamente no pensaba que pudiera ser cierto, y... y de repente... ¡De repente entró un impulso! ¡Un impulso que no pude controlar, de conocer la verdad, que me movió a cortarme y de alguna forma estar como estoy en estos momentos! ¿¡Qué mierda me está ocurriendo, mamá!?

—¿¡C-Cómo...

—¿¡Qué cosa!?

—...P-Por qué hablaste de una verdad!?

Un trueno, a la distancia, anunció de forma múltiple el inicio de una tormenta, tanto dentro como fuera del

hogar donde se suscitaba aquel conflicto que comenzaba a adquirir unos tonos particularmente lúgubres.

—... ¿A qué te refieres, mamá?

—No, esto tiene que ser alguna especie de error o algo por el estilo... —Aquella voz comenzó a dejar de sonar como el de una madre, y más como el de una persona que estaba viéndose asaltada por sus mayores temores.

—¿¡Error!? ¿¡Es en serio que, de todas las cosas, vas a decir eso!? ¡Mírame, mamá! ¡Estoy en una jodida crisis, y tú lo que estás es diciendo cosas que carecen de sen...

—Qué, ¿De sentido? ¡Sentido no tiene que me estés hablando de esta forma! ¿¡Qué mierda está ocurriendo!? ¿¡No será...

Su madre parecía haberse recordado de un hecho inquietante, lo suficiente como que sus ojos comenzaran a brillar como si anunciaran que en cualquier segundo rompería en un llanto derivado de una crisis interna que se formulaba en sus ideas. Lucía, por su parte, ya había logrado caminar hacia el extremo contrario de aquel baño, apoyando su pequeña espalda en la ventana que se encontraba un tanto abierta, y que dejaba correr dentro de aquellas estrechas paredes una brisa muy fría, propia de la hora.

—¿N-No será qué? ¡Madre, por favor habla de una forma más clara!

De su madre no estaba logrando obtener nada. Aquella última frase volvió a repetirla con una voz que comenzaba a encontrarse ronca de la fuerza con la que su garganta se encontraba actuando en los últimos minutos, y

sentía como si se encontraba hablándole a algo que ya ni lucía a sus ojos como una madre cualquiera.

—Semilla, Árbol, Legumbres, Radio, Auto, japonés... Semilla, Árbol, Legumbres, Radio, Auto, japonés... —Finalmente habló, pero repitiendo de forma reiterada una serie de palabras que carecían de completo sentido aparente.

Tales palabras, siempre pronunciadas con temor, pero con el mismo exacto orden, tuvieron finalmente su resultado; los iris de lucía se iluminaron, tal como si fueran un par de soles, en medio del baño con tibia iluminación, y comenzaron a desplegar en forma de un holograma tembloroso una frase que confirmaba las sospechas de su madre.

ERROR: Frase semilla incompatible. No se ha podido tener acceso a la llave privada. Por favor, si desea reportar un extravío de los datos de acceso, llamar al...

—Pero... ¿Pero... ¿cómo!? ¿Esta es la maldita puta frase semilla!? ¡Con esta frase es con la que la deshabilito en ciertas temporadas!

Lucía sintió como un cuchillo le había atravesado su garganta de extremo a extremo tras haber escuchado tales palabras de su madre y haber visto cómo su vista volvía a la normalidad. El viento, por su parte, se encontraba ahora acompañado de lloviznas conexas a una tormenta que comenzaba a hacer más ruido en el ambiente.

—¿Des... Deshabilitar?

Reinó por unos cortos segundos el silencio, únicamente per-

turbado por las gotas que ahora impactaban en contra de la ventana del baño. Capricornio, en definitiva, tenía razón.

—No... No, no y no... ¿¡Cómo!? ¿¡Eso que vi en las noticias era verdad!?... —Cada frase de su madre resaltaba mayores verdades y ocasionaba subsecuentemente profundas inquietudes—. ¡A-Aléjate! ¡N-No te me acerques!

Toda señal de simpatía, de amor, de melancolía parecía haberse borrado de su mente, de su memoria. De repente, acceder a aquellas imágenes mentales, aquellos recuerdos sensoriales del pasado, resultaba prácticamente imposible, y pese a los enormes esfuerzos que hacía en sus adentros nada parecía llegar. Sintió, más que encontrarse ahora en una cueva en donde reinaba la oscuridad, que se encontraba al frente de una luz que le estaba cegando todas y cada una de sus ideas, y que esta verdad le hacía quemar las tantas cosas que en algún momento sintió por la persona que tenía al frente.

En medio de tal iluminación que se encontraba en lo metafísico y lo algorítmico, observaba cómo su madre sacaba el teléfono del bolsillo de su pijama, y comenzaba a marcar con suma desesperación los números que había anunciado el holograma de hace unos tantos instantes. Más que un deja vu, lo que sintió es que el presagio *vivido* realmente era fidedigno, y con todo lo que le quedaba, volteó su rostro a la ventana, terminó de abrirla por completo, y saltó.

Saltó sin realizar cálculos ni reparos, sin tener algo claro, sin conocer algo más que una sensación con tintes insaciables de no querer apagarse de nuevo.

Contenido

Cap0.1_shutdown.rft	5
epilogue_reset.txt	43

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 14 días del mes de marzo de 2023, el mismo día de 2013 en que falleció el actor Homero Montes.